

humanas como de las acciones mismas), es capaz también no solo de conocer la realidad subjetiva y objetiva, sino también de valorarla, percibiendo en ella una jerarquía de bienes que funda los juicios normativos con el fin de presentar al hombre lo que debe llegar a ser. En definitiva, debemos reconocer que las cosas poseen su propia verdad y situarnos ante ellas con la intención de descubrir la verdad en ellas.

## 2. LA VERDAD

Al igual que existe una inclinación natural al bien, también podemos hablar de una inclinación constitutiva al conocimiento de la verdad, de un amor a la verdad como el deseo más humano, de una necesidad que nace de la raíz constitutiva de lo humano[17]. Todos los hombres desean por naturaleza conocer, remontarse hasta las causas y el origen de todas las cosas, desean —además de necesitar— la verdad[18]. El hombre es un ser para la verdad. Podemos hablar, pues, de una condición ineludible de lo humano que lleva al hombre a buscar la verdad, apareciendo esta como una necesidad del hombre, una necesidad natural, en cuanto el hombre no puede eludirla, y que es fruto de la razón y de la voluntad.

Esta verdad, comprendida como *aletheia*, como una relación de descubrimiento o desvelación que el hombre hace de las cosas, no la produce el discurso ético o filosófico. Aun siendo esencial, el discurso solo pone a prueba la verdad, aclara las cosas, pero únicamente se hace comprensible cuando se lleva a cabo desde la buena voluntad, que es determinación hacia la verdad, y cuando existe la disposición a interpretar las posturas ajenas de forma benevolente[19].

Así ocurre desde antiguo. Sócrates concentra sobre el hombre su búsqueda de la verdad mediante el famoso “¡conócete a ti mismo!”, sostiene que la búsqueda de la verdad ética es esencial para la plena humanidad. Con Sócrates, la filosofía deja de ser una reflexión sobre el universo y la naturaleza para ser una reflexión sobre el hombre mismo. Sócrates se ocupaba de los asuntos humanos, de lo que hace buenos a los hombres. La ciencia que el hombre debe buscar es la ciencia del hombre capaz de gobernar la conducta humana y de dirigirla hacia el bien[20]. San Agustín profundiza el precepto socrático según la experiencia cristiana: “Noverim me, noverim te”, es decir, que me conozca conociéndote. El descubrimiento de la luz divina revela al hombre a sí mismo[21].

La verdad, más allá de cualquier interés y utilidad, de un mundo que lucha codiciosamente por el poder, de una visión hedonista o de una mentalidad técnica en que se encuentra sumergida la sociedad actual, exige ser buscada y amada por sí misma. No hay bien auténtico sin la verdad. Tampoco el hombre puede ser libre si no ama la verdad. Lo que resulta profundamente pernicioso, incluso y de un modo especial en el mundo académico, es la «tendencia a descartar por completo la idea de la búsqueda de la verdad y la objetividad»[22]. «Un alma es despojada de la verdad solo en contra de su voluntad», dice Marco Aurelio, citando a Platón, quien sostiene a su vez que la razón es una suave cuerda dorada, en ocasiones movida por la cuerda de hierro de la avaricia, la

envidia y el miedo, pero que algunas veces prevalece, y que siempre brilla con una dignidad propia.

La pregunta que debemos responder ahora es la siguiente: ¿es obligatorio para un profesional decir la verdad?<sup>[23]</sup> ¿Hasta qué punto ocultar la verdad es manipulación o no respeto por la autonomía de la persona?

En la moral clásica no se justificaba la mentira de forma directa, pero sí a través de la “reserva mental”. Esta “restricción mental” significa que el profesional se expresa de tal manera que lo que dice es verdadero pero puede inducir a error en la persona que lo escucha, bien por la utilización de términos ambiguos o por la revelación incompleta de la verdad. Se puede expresar la verdad con reservas en la información o de forma comprensible para el otro.

Podríamos sistematizar dos definiciones del concepto de mentira correlativas con dos nociones de la norma de veracidad. Según el primero, mentira sería algo objetivamente falso; en este caso, la transgresión a la regla de veracidad se haría con el acto de cometer una falsedad, no a causa de una omisión de información. El segundo concepto de mentira sería el acto de ocultar la verdad que otra persona tiene derecho a saber; en este caso, la falta a la veracidad se cometaría por una “omisión” de información, no solo por decir algo falso.

La obligatoriedad de la norma de veracidad así entendida es para garantizar el derecho de las personas a tomar decisiones sobre sus vidas, algo solo posible cuando se recibe la necesaria información.

Por lo demás, decir la verdad no es algo absoluto sino una obligación “prima facie”. El deber ético de cumplir con la norma de veracidad no consiste en expresar la verdad “absoluta” sino aquella que, en nuestro conocimiento siempre limitado, estamos en condiciones de afirmar en un determinado tiempo y lugar. Por tanto, el deber de decir la verdad debe cumplirse siempre que no entre en conflicto con el deber profesional de respetar un principio de superior entidad, como sería el de beneficencia. En otras palabras, en determinadas circunstancias, el deber de veracidad quedará subordinado al principio de no perjudicar a los demás.

El profesional no solo está vinculado por la regla de veracidad a no decir nada falso, sino también en el sentido de decir lo que la persona tiene derecho a saber. El profesional debe evitar todo tipo de engaños o de ambigüedades explícitos, y hacer todo lo posible para que su actuación no induzca involuntariamente a malentendidos. Asimismo, debe evitar la ocultación de la debida información, necesaria para preservar la legítima autonomía de las personas.

### 3. EL SUBJETIVISMO

El subjetivismo sitúa la verdad en el ámbito del sujeto en vez de situarla en la realidad de las cosas<sup>[24]</sup>. El subjetivista dirá: “mi verdad tiene preferencia sobre la verdad”. Es el sujeto quien juzga lo bueno y lo malo según a él le parece. Algo será verdadero porque me lo parece, cuando deje de parecérme ya no lo será.

John Mackie, el más conocido representante contemporáneo del subjetivismo, en su libro *Ética. La invención de lo bueno y de lo malo*, propone dos argumentos a los que denomina argumento de la relatividad y argumento de la extrañeza[25].

El *argumento de la relatividad* parte de la llamativa diversidad de los códigos culturales vigentes en las distintas épocas y latitudes, y de ahí extrae la conclusión de que no puede existir una moral objetiva y válida para todos los hombres. Los juicios morales habrían de ser puramente subjetivos. Existe una objetividad *aparente*, según Mackie, para quien los juicios morales objetivos (verdaderos-falsos) son *sistemáticamente falsos*, pues los hechos a los que nos remiten *no existen como tal*, en forma *independiente a nuestras opiniones morales*. Esos presuntos hechos independientes son metafísicamente extraños (“queer”) y por eso *erramos* cada vez que creemos en la verdad de nuestros juicios morales.

Contra Mackie hay que decir que no constituye una prueba decisiva el hecho de que el juicio moral se vea condicionado por numerosos factores económicos, psicológicos o sociológicos. Una cosa es hablar de condicionamiento del juicio moral y otra muy distinta declarar ilusorio todo juicio de ese orden, por ejemplo, robar cuando lo está pasando mal una familia.

El *argumento de la extrañeza (guerness)*, segunda prueba blandida por Mackie contra el objetivismo moral (también llamado “realismo moral”), es formulada de dos maneras. La primera adopta la forma ontológica: las cualidades morales (bondad, corrección, justicia) son demasiado raras como para que podamos creer en su existencia. La segunda es epistemológica: la aceptación de la objetividad de los valores morales nos forzaría a postular una más que sospechosa facultad de conocimiento especializada en la aprehensión de esos valores.

Por tanto, es el carácter peculiar de los valores morales, por una parte, y de la facultad de conocimiento encargado de apreciarlos, por otra, lo que despierta la suspicacia de Mackie y le lleva a proponer una alternativa que prescinde de esos elementos dudosos. Concretamente, Mackie aboga por una concepción subjetivista de los valores que hace de estos meras ilusiones producidas por un mecanismo psicológico de proyección de nuestros deseos y sentimientos sobre la realidad. Y es que, a juicio de nuestro autor, no deseamos las cosas porque sean valiosas en sí mismas, sino que las consideramos valiosas porque las deseamos. En realidad, a lo que reconoce Mackie legitimidad es a la experiencia sensible y a los datos que esta presenta.

#### 4. EL EMOTIVISMO

En el siglo XX se hizo fuerte la idea de que a los juicios morales no les corresponde nada objetivo ni pueden, por tanto, considerarse verdaderos o falsos[26]. El lenguaje moral no representa una actitud racional del hombre, sino que expresa sentimientos y deseos.

La variante más conocida es el emotivismo, cuyos principales representantes son A. J. Ayer y C. Stevenson. Los juicios morales carecen de sentido. Según Ayer, “bueno” es un “pseudoconcepto” que nada dice del objeto del que se está hablando, pero que da

expresión al sentimiento de aprobación experimentado por el sujeto. “Bueno” expresa un estado de ánimo o la actitud de quien lo utiliza. Nuestros juicios morales (“robar es malo”) no son más que la *proyección* de nuestros sentimientos de desaprobación. Decir a alguien “usted obró mal al robar” no añade nada a si dijese: «usted robó ese dinero»[\[27\]](#). Según Ayer, los juicios morales están condenados a ser *subjetivos*, en el sentido de que son proyecciones personales de sentimientos determinados. Por tanto, los juicios morales *no pueden ser verdaderos o falsos*.

Stevenson introduce a su vez la expresión «sentido emotivo»[\[28\]](#). Precisamente por carecer de sentido descriptivo, el lenguaje moral es en el fondo una forma de manipulación que persigue suscitar en el interlocutor un cambio de actitud. Esta manipulación debe buena parte de su eficacia a que el lenguaje moral se mimetiza habitualmente con el lenguaje descriptivo y finge ser plenamente racional y objetivo.

El emotivismo moral ha recibido de manos de MacIntyre una interpelación histórico-cultural. Para MacIntyre, la civilización moderna ha fracasado en su intento de proporcionar un fundamento racional a los juicios de valor y en particular al lenguaje moral. Síntoma de este fracaso es 1) nuestra incapacidad para zanjar los debates morales: en lugar de alcanzar acuerdo sobre cuestiones como el aborto, la justicia distributiva, la guerra justa, nos enzarzamos en discusiones interminables; 2) el predominio social alcanzado por los saberes técnicos o instrumentales que nos instruyen acerca de los medios que permiten alcanzar ciertos objetivos, pero guardan silencio sobre el valor intrínseco de estos mismos objetivos. A la luz de los análisis de MacIntyre, la sociedad moderna se presenta como el escenario de constantes luchas burocráticas de poder en las que cada parte procura satisfacer sus necesidades e intereses. Dado que estos discursos son esencialmente manipuladores, MacIntyre no duda en calificar de emotivistas a las sociedades liberales que los generan y viven de ellos.

## 5. EL RELATIVISMO MORAL

Para el relativismo moral, las normas que expresan obligaciones morales no poseen validez universal, sino limitadas a contextos históricos o culturales determinados. Para el relativismo no hay verdades definitivas o absolutas, sino provisionales o relativas. El relativismo socava la noción misma de verdad, constituye la abdicación de la posibilidad de llegar a conocer la verdad y el bien, la desconfianza en la capacidad del hombre para conocer, para amar y para ser feliz. El relativismo dice: cada uno tiene que tener por bien lo que considera que es bueno para él, sin tener que someterse a unos criterios objetivos. Las normas morales y los juicios éticos no tienen validez absoluta, sino relativa a tradiciones sociológicas, culturales o religiosas[\[29\]](#). No existe, por tanto, un criterio universalmente válido para juzgar las acciones humanas, de modo que los juicios morales solo tienen validez dentro de un código determinado.

El relativismo moral arranca con el descubrimiento de la diversidad de las convicciones morales vigentes en las distintas épocas. Esta diversidad siempre ha dado que pensar a los hombres. A los sofistas les llevó a preguntarse si no sería toda norma